

HISTORIA VULGAR

COINCÍDIMOS en el coche de línea.

Era él un muchacho de veintitantos años, mediana estatura, facciones correctas y ojos profundos y desvaídos, que daban la impresión de que su propietario estaba un tanto ausente de la realidad.

No sé por qué afinidad misteriosa vino a sentarse junto a mí. Como es obligado, cruzamos unas frases corteses, por las que vinimos a concluir que ambos éramos maestros y nuestro viaje tenía idéntico objetivo: resolver en la capital asuntos escolares.

Cuando se reúnen dos o más individuos de la misma profesión, lo primero que hacen es despellejar concienzudamente a sus superiores y afirmar que son los detritus de la burocracia y que no hay otros peor tratados que ellos. Por eso me chocó que aquel joven, al que la patrona, como un pulpo, succionaría íntegra la menguada nómina, no aprovechara la ocasión para desahogar en un colega maduro y comprensivo, despotricando a conciencia contra el Gobierno, las patronas, los productores y demás sabandijas que le tendrían tan enjuto como los pantanos españoles durante la pasada sequía.

Pero, no. Pasaba el tiempo y la charla discurría pacífica sobre temas baladíes. Hasta que se me ocurrió preguntar:

—¿Y qué tal le va en ese pueblo adonde le mandaron?

Cambió de color y sus facciones se ensombrecieron. Veíase que le desagradaba aquel hurgar en su vida y pugnaba entre hablar o callarse.

—Verá usted—empezó—; el pueblo es como casi todos: malo, feo, sucio y con una fauna agresiva y feroz. No me quejo—¿para qué?—de la caquética paga, del saqueo sistemático, de la irrespetuosidad, del desprecio latente por el funcionario con los fondillos deslumbrantes, de puro brillo, y tan finos ya como los velos de Isis. Todo eso sabemos que desde tiempos remotos es consustancial con la profesión. Pero a mí me ocurre algo mucho más grave: tengo un fantasma...

La inesperada salida me hizo dár un bote. Siempre he tenido particular interés por las historias de fantasmas; así es que me dispuse a atender con todos mis sentidos, mientras exclamaba alegremente:

—¡Hombre, un fantasma! Muy interesante, mucho.

—¡Cá! Muy aburrido. Si estuviera usted en mi lugar, ya se vencería de lo tediosos que son los fantasmas. Siempre igual, siempre igual... El que a mí me atormenta es el de mi antecesor en la escuela, que debía de ser un buen hombre, digo yo, pero que me fastidia a todas horas. Y lo curioso es que no he podido verlo nunca, pero lo siento siempre junto a mí, vigilándome, aturrullándome, mo-

liéndome. ¿Que hago en la escuela un pinito didáctico? Ya está allí el fantasma, en figura de cualquier patán, que dice: «¡Bah! Eso lo hacía el otro (el otro es mi antecesor) mucho mejor y sin tantos requisitos» ¿Que salgo de paseo con los chicos? Entonces toma la apariencia de una vieja al sol, para afirmar: «¡Tanta pamplina de paseos! El otro no perdía el tiempo en esas cosas» ¿Que se me ocurre enseñarles una cancioncilla? Se aloja en el cuerpo astroso de todas las comadres vecinas, para gritar a coro: «¡Más le valía enseñar a leer, escribir y contar, como el otro, que en paz descanse!»

El otro, el otro... Siempre el otro, el fantasma. ¡Si al menos pudiera verlo, pelearme con él, ahuyentarlo! Pero, dígame: ¿Cómo se pelea con un fantasma? ¿Dónde se le arrima un estacazo a un fantasma? ¿Cómo se le retuerce el pescuezo a un fantasma? Alimentadas por esta lucha sorda, hasta he llegado a sentir terribles dudas en ciertas materias, por ejemplo: ¿Cómo se arreglaron las huestes de San Miguel para vencer a los secuaces de Satanás en la batalla del Empireo? ¿Dónde le daban los sablazos? ¿Cómo los asían y empujaban para echarlos del cielo?.. Daría algo a quien me explicase por dónde se puede coger a un espíritu para zarandearlo y ahogarlo entre las manos...

Comprendí que aquel infeliz sufría una tremenda psicosis de inferioridad y me dispuse a alentarle.

—Lo que usted me cuenta, amigo mío, es grave, pero no tanto como se figura. En realidad, ese fantasma no es más que el pasado, que siempre nos parece mejor, y gravita sobre todos nosotros. Hasta que irrumpen las generaciones nuevas, que por ley natural se distancian y lo arrinconan; entonces el fantasma se encoge y desaparece. Si usted continúa en ese pueblo, afinca en él y en él muere, será también fantasma, para su sucesor, en tanto vivan quienes le recuerden. Después ..

—Comprendo. Siempre hemos de tener un fantasma ante nosotros.

—Eso es. Y mientras nos llega el turno de «fantasmizarnos», lo mejor es no hacerle caso, cumplir el deber, trabajar como si en nosotros empezara y acabara la vida.

—Todo eso es razonable; pero hasta que uno se acostumbra, ¡hay que ver los disgustos que puede dar un fantasma!

Dí la conversación por terminada: me había decepcionado. Yo esperaba una espeluznante historia de espectros enrabanados, ojos como brasas, rechinantes cadenas y carcajadas siniestras; lo que debe ser, en fin, una historia seria de aparecidos. Y ahora aquel individuo me salía con un fantasma, que no era fantasma.

Me sumí en la contemplación del paisaje. El sol mañanero doraba los humildes yerbajos y los pájaros, volando a contraluz, fingían chispas desprendidas de la hoguera solar. En los canchales más altos de la sierra violácea un girón de niebla se desperezaba como un fantasma... ¡Otra vez!

EUGENIO PAYO

A misa de alba⁽¹⁾

Alancéame las carnes,
filo de la madrugada,
alancéame las carnes
mientras mi sombra se escapa
de los opacos faroles
por entre las luces pálidas...

Ladra un can a los hirientes
sonidos de la campana
de un retirado cenobio,
de San Pablo o Santa Clara...

¡Campanas de las monjitas,
llamando a misa de alba!

Un hombre pasa corriendo,
lleva un brasero con ascuas
y torbellinos le brincan
de estrellas de oro y de plata...

Salta un felino, y un gallo
acuerda su aguda flauta...

Marca el reloj una hora,
y atruenan seis aldabadas
en un portalón antiguo
de vieja casona hidalga...

Nadie responde... La calle
cruzan obscuros fantasmas...

Y en las melladas almenas
se posa la luz del alba...

Sigue azotando mis carnes
el filo de la mañana.

FR. ANTONIO CORREDOR. O. F. M.

(1) Del libro *Laud Seráfico*: ramillete de inspirados versos, a los que dedicaremos en nuestras páginas de crítica literaria toda la atención que se merecen.